



EL CONTINUO CIENCIA - FILOSOFIA SEGUN QUINE

ANDREU BERGA OLIVER

Contrariamente a la concepción neopositivista en general y a la de Carnap en particular, Quine mantiene que no hay solución de continuidad entre las cuestiones científicas y las cuestiones filosóficas (ontológicas, más concretamente). Después de citar en una nota a pie de página una frase de Meyerson que apoya su tesis ("*L'ontologie fait corps avec la science elle-même et ne peut en être séparée*"), Quine escribe en "Dos dogmas del empirismo: *"Carnap ha sostenido que ésta (i. e. la cuestión ontológica, en especial la cuestión relativa a la admisión de las clases como entidades) no es una cuestión factual, sino de elección de la forma lingüística conveniente, del esquema o estructura conceptual conveniente para la ciencia. Puedo estar de acuerdo con esa opinión, siempre que se conceda lo mismo respecto de todas las hipótesis científicas en general. Carnap ha reconocido que sólo puede sostener una diversidad de criterios para las cuestiones ontológicas por un lado y para las hipótesis científicas por otro asumiendo una distinción absoluta entre lo analítico y lo sintético; y no es necesario repetir que ésta es una distinción que ya he rechazado"*¹. En consecuencia, Quine propugnará un mismo criterio para unas y otras cuestiones. ¿En qué se basa esa opinión que, de ser cierta, otorgará a las cuestiones ontológicas una sustantividad de la que parecían haber sido definitivamente despojadas por mor de la práctica neopositivista? La respuesta se halla en lo que, en "Palabra y objeto", el filósofo americano denomina "*ascenso semántico*".

(1) "Dos dogmas del empirismo" está recogido en *Desde un punto de vista lógico*. Ed. Ariel, Barcelona 1962, pp. 49-81; el texto citado se encuentra en pp. 80 y ss. Se hallará la posición de Carnap en "Empirismo, semántica y ontología", incluido en MUGUERZA, J. (recopilador): *La concepción analítica de la filosofía*. Alianza editorial, Madrid 1974, pp. 400-419.

Quine admite sin reparos que, a medida que hacemos más radical la pregunta ontológica: ¿qué hay?, extendiéndola a puntos, millas, números, atributos, proposiciones, hechos o clases, el discurso versa sobre palabras y no ya sobre objetos extralingüísticos. Eso resulta tanto más sorprendente cuanto que parece atentar contra la propia naturaleza de la pregunta. Es algo, sin embargo, inevitable por la utilidad que encierra. Hasta aquí **Quine** puede compartir la posición de **Carnap**. Se separará de ella cuando pretenda pasar por raseros distintos lo que para el filósofo americano constituye una unidad orgánica y, como tal, sólo artificialmente divisible.

La caracterización del ascenso semántico no es difícil y, de hecho, ha quedado apuntada en lo dicho anteriormente: *"Se trata del paso que nos lleva de un discurso acerca de millas a un discurso acerca de "milla". Se trata de la maniobra que nos lleva del modo material (inhaltlich) de hablar al modo formal, sea dicho así por respeto a una vieja terminología de Carnap. Se trata del paso que nos lleva del discurso con ciertos términos al discurso acerca de ellos. (...) Tal como voy a entenderlo, el ascenso semántico se aplica en todas partes"*². La especial utilidad que el ascenso semántico tiene en filosofía se debe a la generalidad que proporciona: *"La estrategia del ascenso semántico consiste en llevar la discusión a un dominio en el cual ambas partes coinciden mucho más fácilmente acerca de los objetos (que son palabras) y de los términos principales referentes a ellos. Las palabras o sus inscripciones —a diferencia de los puntos, los metros, las millas, las clases y todo lo demás de este tipo— son objetos tangibles y de las dimensiones adecuadas a la plaza pública, en la cual comunican tan fácilmente hombres dotados de esquemas conceptuales diversos. La estrategia consiste en ascender hasta la parte común de dos esquemas conceptuales fundamentalmente dispares, para discutir mejor los dispares fundamentos. No puede, pues, asombrar que sea útil en filosofía"*³.

El punto clave de la argumentación quineana descansa en el hecho de que el ascenso semántico "se aplica en todas partes". Acabamos de ver cómo se da en filosofía. **Quine** debe demostrar que también se encuentra en la ciencia. La teoría einsteiniana de la relatividad, por ejemplo, fue aceptada debido no sólo a una nueva reflexión acerca del tiempo, la luz, los cuerpos acelerados y las perturbaciones de la órbita de Mercurio, sino también a consideraciones referentes a la teoría misma tomada como discurso, a su simplicidad en comparación con otras teorías posibles. La discrepancia entre la teoría de la relatividad y la teoría clásica respecto de las concepciones del tiempo y el espacio es demasiado radical para que se pudiera establecer una discusión eficaz en el plano del discurso sobre objetos, sin la ayuda del ascenso semántico.

El mismo expediente se utiliza en las ciencias formales. La plena formalización de la lógica, posibilitada por **Frege**, representa un buen ejemplo de esa utilización. Dado el aparato deductivo de la lógica, en la forma de un conjunto de operaciones caracterizadas para aplicar a formas notacionales, la cuestión de si una fórmula determinada se sigue de unos axiomas dados se limita a la de si las operaciones descritas sobre formas notacionales pueden llevar a esa fórmula a partir de los axiomas. Se obtiene una respuesta satisfactoria con

(2) *Palabra y objeto*. Ed. Labor, Barcelona 1968, p. 280.

(3) *Ibid.*, pp. 280 y ss.

sólo hablar de las formas notacionales y de las operaciones que se les aplican, sin necesidad de usarlas.

El ascenso semántico tiene por objeto ir más allá de los ejemplos y usos concretos a fin de alcanzar una generalización explicativa ⁴. Ese objeto es compartido por la filosofía y todas las restantes áreas del saber: *"La cuestión de lo que hay es preocupación común a la filosofía y otros géneros no imaginativos. (...) En los libros de geografía y astronomía se describe un repertorio representativo de masas de tierra, mares, planetas y estrellas, y en las biografías y en los libros de arte se describe cierto accidental bípedo, o algún objeto de tamaño medio. La descripción se frena por la producción en masa en la zoología, la botánica y la mineralogía, ciencias en las cuales las cosas se agrupan según sus parecidos y se describen colectivamente. La física, mediante una abstracción aún más desconsiderada de las diferencias de detalle, lleva todavía más lejos la descripción masiva. Y hasta la matemática pura pertenece al ámbito de la respuesta descriptiva a la pregunta por lo que hay; pues las cosas acerca de las cuales pregunta esa cuestión no excluyen los números, las clases, las funciones, etc., si eso es parte de lo que hay y de lo que trata la matemática pura"* ⁵.

La diferencia entre filosofía (ontología) y ciencia no es en absoluto cualitativa: *"Sólo la amplitud de las categorías establece una distinción entre el interés ontológico del filósofo y todo eso otro. Dados los objetos físicos en general, el que tiene que decidir acerca de unicornios es el científico de la naturaleza. Dadas clases, o cualquier otro reino amplio de objetos requeridos por el matemático, es tarea de éste el decir si hay en particular números primos pares, o números cubos que sean sumas de pares de números cubos. En cambio, lo propio de la ontología es el escrutinio de esa aceptación acrítica del reino de los objetos físicos mismo, o del de las clases, etc. La tarea consiste aquí en explicar lo que había estado implícito, en precisar lo que había sido vago, en exponer y resolver paradojas, deshacer nudos, arrancar plantas atrofiadas, llevar la luz a los barrios bajos ontológicos.*

La tarea del filósofo difiere pues de la otra en detalle; pero no de un modo tan drástico como el que suponen los que imaginan en favor del filósofo una privilegiada perspectiva fuera del esquema conceptual que toma a su cargo. No hay exilio cósmico. El filósofo no puede estudiar ni revisar el esquema conceptual básico de la ciencia y el sentido común sin tener él mismo algún esquema conceptual, el mismo o cualquier otro, que no estará menos necesitado de escrutinio filosófico, y que le es imprescindible para tra-

(4) La defensa decidida del ascenso semántico por parte de Quine es el signo más claro de lo lejos que éste está del segundo Wittgenstein y de lo cerca que se encuentra de una posición tipo Russell. Las consecuencias desafortunadas que para Quine tendría el limitarse a los ejemplos o usos concretos se reflejan en este fragmento: "Consideremos qué aspecto tendría una discusión acerca de la existencia de millas sin ascender al discurso sobre "milla". "Claro que hay millas. Cada vez que tenga usted 1760 yardas, tendrá una milla". "Pero es que tampoco hay yardas. Hay sólo cuerpos de longitudes varias". "¿Entonces es que la Tierra y la Luna están separadas por cuerpos de varias longitudes?" "La continuación se perderá ciertamente en un juego estéril de invectivas y de *ignorantia elenchí*. En cambio, si ascendemos a "milla" y nos preguntamos cuáles de sus contextos son útiles y para qué fines, podemos conseguir algo claro, porque no quedamos ya presos en las redes de los usos que se oponen unos a otros". En *Palabra y objeto*, op. cit., p. 280.

(5) *Palabra y objeto*: ed. cit., pp. 283 y ss.

bajar. El filósofo puede llevar a cabo ese escrutinio y perfeccionar el sistema desde dentro, apelando a la coherencia y a la simplicidad; pero éste es el método del teórico en general. El filósofo recurre al ascenso semántico; pero lo mismo hace el científico. Y si el científico teórico está obligado a salvar, por sus remotas vías, las posibles conexiones con la estimulación no verbal, también lo está el filósofo, aunque sea más remotamente. Es verdad que ningún experimento zanjará nunca una cuestión ontológica; pero eso se debe exclusivamente a que estas cuestiones están conectadas con la irritación de las superficies sensibles de un modo particularmente múltiple, y a través del laberinto de la teoría intermedia”⁶.

Después de esa larga cita, no cabe duda de que el “confinamiento lingüístico de la filosofía” es, para Quine, un momento necesario, pero transitorio de la misma, cuyo objetivo último será el discurso sobre la realidad. En este sentido, las cuestiones ontológicas no son simplemente “cuestiones de palabras” sino “cuestiones reales”, lo cual caracteriza, por cierto, las teorías científicas. El ascenso metalingüístico es el camino que posibilita la revisión y fundamentación de los supuestos no discutidos, pero a menudo discutibles, sobre los que se basan esas teorías. Mas en sí mismo no tendrá más interés que el que podía tener para Russell el estudio del lenguaje considerado como ente autónomo desligado de la realidad. Contrariamente a las ontologías o metafísicas especulativas (por definición transempíricas y, consiguientemente, no sujetas a revisión dentro del sistema), la categorización de la realidad que nos ofrece la ontología en su nueva versión será revisable en la misma medida en que pueda serlo una teoría científica. E idénticos serán los motivos: simplicidad y coherencia. Esa revisión, en cualquier caso, no podrá efectuarse desde el exterior, más allá del sistema a examinar. La ciencia y la ontología son, en una metáfora de Neurath que Quine hace suya, como “un barco que, si es que tenemos que reconstruirlo, tiene que serlo plancha a plancha y sin abandonarlo”⁷.

Hemos visto que los motivos que llevan a la revisión de los esquemas conceptuales científicos u ontológicos son la simplicidad y la coherencia. Se trata de motivos de naturaleza pragmática. Una posición de este tipo está presente en “Dos dogmas del empirismo”. El fragmento siguiente es revelador al respecto: “Como empirista, sigo concibiendo el esquema conceptual de la ciencia como un instrumento destinado en última instancia a predecir experiencia futura a la luz de la experiencia pasada. Introducimos con razón conceptualmente los objetos físicos en esta situación porque son intermediarios convenientes, no por definición en términos de experiencia, sino irreductiblemente puestos con un estatus epistemológico comparable al de los dioses de Homero. (...) En cuanto a fundamento epistemológico, los objetos físicos y los dioses difieren sólo en grado, no en esencia. (...) El mito de los objetos físicos es epistemológicamente superior a muchos otros mitos porque ha probado ser más eficaz que ellos como procedimiento para elaborar una estructura manejable en el flujo de la experiencia”⁸. Y lo mismo vale para los objetos ató-

(6) Ibid., p. 284.

(7) Ibid., p. 17.

(8) Desde un punto de vista lógico: ed. cit., p. 79.

micos y subatómicos, las fuerzas o las entidades abstractas de la matemática. En fin, "la ciencia es una prolongación del sentido común que consiste en hinchar la ontología para simplificar la teoría"⁹.

El párrafo final del mencionado ensayo resume perfectamente la posición de Quine, destacando el vínculo que éste establece entre racionalidad y pragmatismo: "Carnap, Lewis y otros adoptan una actitud pragmática en la elección entre formas lingüísticas o estructuras científicas; pero su pragmatismo se detiene ante la imaginaria frontera entre lo analítico y lo sintético. Al repudiar esa frontera expongo un pragmatismo más completo: Todo hombre recibe una herencia científica más un continuo y graneado fuego de estímulos sensoriales; y las consideraciones que le mueven a moldear su herencia científica para que recoja sus continuos estímulos sensoriales son, si racionales, pragmáticas"¹⁰.

No debe creerse, sin embargo, que el pragmatismo radical que Quine propugna en ese fragmento (o siquiera un pragmatismo sin adjetivo alguno) sea una condición necesaria del holismo. La propia evolución filosófica de Quine así lo demuestra, ya que poco queda de aquella orientación en sus obras de madurez (para entendernos: *Palabra u objeto* y obras sucesivas), todas ellas encuadrables en una posición realista, y, no por ello, ha abandonado su holismo originario. Las dudas sobre su postura actual le resultan molestas a Quine, como parece desprenderse de la respuesta que da a J.J.C. Smart, el cual, no obstante, ha advertido la dirección básica de la evolución del pensamiento quineano¹¹: "Smart contrapone mi "pragmatismo e instrumentalismo" de Desde un punto de vista lógico al realismo dominante de Palabra y objeto. También observa huellas de la antigua actitud a lo largo de Palabra y objeto. Ahora bien, esa aparente vacilación es fruto de una interpretación errónea, interpretación que pretendía evitar cuando escribí esto"¹². Y, a continuación, transcribe el siguiente fragmento de *Palabra y objeto*: "Llamar postulado a un postulado no es mostrarle condescendiente desprecio. (...) Todo aquello a lo cual concedemos existencia es un algo postulado si se considera desde el punto de vista de una descripción de la construcción de teorías; y es al mismo tiempo algo real desde el punto de vista de la teoría en construcción. Atendamos ahora al punto de vista de la teoría como sistema de imponer creencias, porque jamás podemos hacer más que situarnos en el punto de vista de alguna teoría, la mejor que encontremos por el momento"¹³.

De nuevo vemos que no existe "exilio cósmico" y que el barco de la ciencia no puede reconstruirse en dique seco sino en plena travesía. La tarea del científico consiste en conjeturar cómo es la realidad. Para llevar a cabo esa tarea, debe tener en cuenta la ciencia acumulada y situarse en una teoría particular, sea la que fuere. El científico es anticartesiano en la medida en que utiliza las creencias del momento, mientras no las cambie por

(9) Ibid., p. 80.

(10) Ibid., p. 81.

(11) J.J.C. Smart: "Quine's philosophy of science", en DAVIDSON, D. and HINTIKKA, J. (eds.): *Words and Objections. Essays on the Work of W.V. Quine*. Dordrecht: Reidel 1975, pp. 3-13.

(12) "Replies" en DAVIDSON, D. and HINTIKKA, J. (eds.): Op. cit., p. 293. La traducción es mía.

(13) *Palabra y objeto*: Op. cit., p. 36.

algo mejor. Dentro de la propia teoría, sometida a evolución, el científico puede juzgar de la verdad con la mayor seriedad y de la manera más absoluta. En ese sentido, no hay relativización alguna de la verdad.

En la ciencia tiene un papel destacadísimo el criterio de simplicidad. El biologismo epistemológico de Quine induce a éste a escribir al respecto: *"Cualquiera que sea la naturaleza de ese criterio, puede estarse seguro de que no se trata de nada casual. Como guía de la inferencia se encuentra implícito en pasos inconscientes, y medio explícito en pasos inferenciales deliberados. Aunque nos sea por ahora desconocido, el mecanismo neurológico del instinto o impulso de simplicidad es sin duda algo fundamental"*¹⁴. En fin, la naturaleza de la realidad es tal que el criterio de simplicidad resulta digno de confianza. Eso está ya lejos del pragmatismo.

(14) Ibid., p. 33. Cfr., para un breve examen del criterio de simplicidad, SCHULDENFREI, R.: "Quine en perspectiva", *Teorema*, vol. V (1975), núm. 1, pp. 61 y ss.